



CAPÍTULO I.

UNA COMPAÑÍA DRAMÁTICA EN FAZ DE VIAJE.

ENTRE la villa de Reyes y el pintoresco pueblo de Santa María del Río, y después de ascender por algunos recodos montañosos, se camina por un terreno elevado, que es una mesa de más de seis leguas.

Partiendo de la villa es preciso dejar siempre á la derecha una cerca de piedra de más de tres leguas, que es casi el único accidente que interrumpe la monotonía de la planicie.

Diseminadas, como los numerosos individuos de una tribu nómada, han crecido allí esas palmas de gruesos troncos y mezquinos penachos que semejan á lo lejos figuras humanas, y que conoce todo el que ha viajado por el Interior.

Algunos garambullos se mezclan de vez en cuando entre las palmas, levantando perezosamente sus pencas en forma de dedos colosales; y granulan el terreno por todas partes tardas y ásperas biznagas, ofreciendo una gran alfombra de espinas; el mezquite de menudas hojas se hinca entre todos los *cactus*, como el lujo de vegetación de aquellos áridos terrenos.

Ningún riachuelo, ni una fuente, ni una cavidad húmeda ó sombría apaga la ardiente sed de aquella comarca, en donde el sol reverberante obliga al extraviado buey á buscar la mezquina sombra del tronco de una palma.

Algunos pájaros mudos cruzan á largas distancias sorprendidos por el viajero en medio de su triste soledad, y van á ocultar-

se amedrentados; y algún conejo que dormitaba, salta á vuestro paso y corre inútilmente más de lo que el miedo pudiera exigirle á un general.

Os parais á veces para convenceros de que realmente estais solo en el mundo, y encontráis no sé qué placer en que aquellas palmas no sean hombres aunque lo parezcan.

Esto, probablemente, pensaba un hombre que habiéndose apeado de su flaca cabalgadura había buscado, como los bueyes, la sombra de una palma.

Era el tál un hombrecillo flaco, de indefinible edad; de esos seres en quienes el tiempo ha confundido al joven con el viejo sin pasar por el hombre.

En cuanto á su traje, debemos hacer notar varias particularidades. Llevaba unas albarcas de becerro amarillas, que no hubieran llamado la atención en Valencia ó en Aragón, pero en el Estado de San Luí Potosí aquel calzado era completamente exótico, máxime si á las albarcas se agrega-

ban unas medias azules, que se asomaban á pesar de un insuficiente y arrugado pantalón de coleta amarilla; una chaqueta negra, que había sido frac, mal encubría la pretina del pantalón amarillo, y dejaba ver toda la pechera de una camisa con golondrinas pintadas de trecho en trecho; un gran sombrero de petate nuevo y sin toquilla pero con barboquejo, completaba el traje del cansado caminante.

Su caballo colgaba la cabeza como en actitud de pastar; y se había sacudido ya dos ó tres veces haciendo un gran ruido con todo lo que el pobre animal cargaba sobre la silla, porque á más de una gran maleta hecha con la carpeta de una mesa redonda y de la que pendían aún un tompeate con dos botellas y un par de botines, llevaba por delante otros tres bultos, de los que uno era una cajita de madera, otro un morral con tunas y el tercero una calabaza con agua.

Pero más que hambre y sed, aquel extraño personaje revelaba fastidio y se re-



Aquel extraño personaje revelaba fastidio.....

clinó indolentemente en el tronco de la palma, cerrando los ojos. Á poco rato se puso á hablar consigo mismo, y en seguida levantó la voz gradualmente exclamando:

Si oís contar de un náufrago la historia,
Ya que en el mundo hasta el amor se olvida,
Encontrará un sepulcro mi memoria?...
—Aquí la guardaré toda mi vida....

—María! María! dijo en seguida y se entregó de nuevo á sus meditaciones.

Oyóse el andar de un caballo, luego un silbido y á poco llegó otro personaje, hombre maduro, de facciones toscas, afeitada la barba y voz vibrante.

El de las albarcas no se inquietó por la llegada de su compañero, pues apenas abrió un ojo.

—Qué camino tan feo! dijo el recién venido, con una voz de padre maestro.

—Sí.

—Creo que no llegamos hoy á ese maldito pueblo.

—Y todo por la bailarina, dijo el de las albarcas; no he visto mujer más melindrosa para caminar.

—Quita allá y no hables de esa bruja.

—Y luego para lo que sirve, para nada.

—¿Y vienen lejos?

—Y mucho; los burros tienen un paso que desespera.

—¿No te dije que haríamos bien en preferir estas sardinas? Mira, mi caballo se parece al de D. Quijote.

—Y el mío al de Artagnan.

—Pero siquiera son caballos.

Mientras llegan los compañeros, tenemos tiempo para decir algo acerca del hombre de las albarcas.

Este individuo se llamaba Pico; había sido militar; pero las decepciones que había recibido en el ministerio de la guerra, no menos que los percances de sus ensayos militares, lo habían afirmado en la resolución de abandonar la gloriosa carrera de las armas.

Después de leer su licencia absoluta, se había quedado pensando en el partido que

debía tomar, y contempló con cierto horror ese dédalo de dificultades con que lucha el pretendiente, el que necesita colocación y no tiene parientes entre los que mandan.

Pico estuvo reducido por algún tiempo á la condición de *bruja*.

Todos los habitantes de México conocen á los *brujas* poco más ó menos, como conocen las costumbres del perro callejero.

Los *brujas* no son más que perros sociales. El perro espera un hueso, el *bruja* espera una peseta. El perro husmea la carne, y el *bruja* las casas de juego.

El perro se echa en la viña por temor de los guardas: el *bruja* se echa en la casa de algún compadre, también por temor de los guardas. El perro siempre es perro, el *bruja* siempre es *bruja*; porque después de aceptar como destino definitivo el último peldaño de la escala social, el *bruja* muere echado allí, envuelto en sus harapos, á menos que de *bruja* pase á personaje de alta categoría; caso que no sorprendería á Mé-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

525 MONTEREY, MEXICO

xico, en donde, como en la viña del Señor, hay de todo.

Á Pico no le sonrió tan abiertamente la fortuna, pero contra todo lo que él mismo se esperaba, salió un día de entre los *brujas* rumbo al teatro.

Sin saber cómo, Pico desorientado llegó al teatro de Oriente: el boleterero había sido sargento de su compañía; circunstancia que hizo innecesario el boleto de entrada, de manera que Pico entró con su perro.

Pico tenía un amigo perro.

El perro se echó á sus piés y Pico comenzó á ver la comedia parado; pero cuál no fué su sorpresa, al ver al teniente Romero haciendo el papel de D. Juan Tenorio; era él, el mismo, no cabe duda, su voz, sus movimientos; era Romero; no obstante, preguntó á su vecino:

—¿Quién es este actor?

—Quién ha de ser, Del Campo, ¿no le ha visto V. hacer el Campanero de San Pablo?

—No, señor.

—¿Ni la Berlina del emigrado?

—No, tampoco.

—Hace furor.

—¡Ah!

—Del Campo, murmuraba Pico, y no obstante, es Romero; voy á desengañarme.

Pico entró al foro en el primer entreacto y preguntó por el joven que hacía á don Juan Tenorio.

—¡Pico! exclamó D. Juan.

—¡Romero! exclamó Pico. ¿Conque eres tú?

—Ya me ves.

—¿Te has cambiado el nombre?

—No, sino que soy Del Campo por mi madre, y Romero por mi padre.

—Y resultas Romero del Campo; y en el cuerpo no eras más que Romero.

—Sí, pero la carrera dramática exige que uno tenga un nombre poco común, para que no lo confundan con los mites; de manera que yo me firmo ahora, Gervasio M. Romero del Campo. Mira los programas.

—¿Y qué tal?

—Bien, chico, muy bien; estudio, me

mato, pero alcanzo gloria, soy la adoración del público.

—¿Y de pesetas?

—Soy el director de esta compañía.

—¡Hola! ¡hola! muy bien, cuanto me alelegro!

Pico se alegraba entristeciéndose.

—¿Y tú? le preguntó Romero.

—Yo, hijo, ya me vés; dado al diablo.

—Tu mala cabeza.

—No, mi mala suerte; no tengo recurso.

—¿Cómo no? el teatro.

—Gervasio! gritó una voz argentina en el cuarto inmediato.

—Voy, madre, dijo D. Juan Tenerio, agachándose para no maltratar la pluma de su sombrero. Siéntate, Pico.

Pico se sentó y oyó lo que pasaba en el cuarto inmediato.

—¿Qué me quieres, mi vida? preguntó Romero.

—Que me veas, contestó la dama.

—Estás admirablemente.

—No es eso, mírame bien; estoy verde.

—¿Por qué?

—Tengo derrame de bilis, y si no echas á la característica no trabajo.

¡Ave María! dijo Romero.

—¡Señor! ¡señor! gritó el segundo apunte, metiéndose al cuarto; el público se impacienta.

—¿Están todos?

—Ya están.

—¿Y la escena?

—Puede usted pasar á verla.

—Vamos. Prevenidos, dijo Romero, ¡fuera de la escena!

—Fuera de la escena, repitieron muchas voces; y comenzaron los curiosos á agazarse detrás de los bastidores y á disputarse lugar en el primer esconce del proscenio.

Desde aquella tarde Pico perteneció á la compañía, en calidad de segundo apuntador, y al cabo de algunos años es cuando lo hemos visto en el camino, con albarcas amarillas y medias azules.

Volvamos, pues, al lugar donde lo dejamos sombreándose, y ya tendremos ocasión de

conocer más íntimamente la historia de sus progresos en el arte dramático.

La persona con quien hablaba Pico, era el barba de la compañía, el galán central, el empresario, formador, el director y pintor escenógrafo de la compañía; era el artista mexicano Gervasio M. Romero del Campo, ex-teniente del cuerpo de Pico, y por lo visto hombre de no pocas campanillas.

Romero había asaltado el proscenio, sin más caudal que su audacia y sin más antecedentes que su supina ignorancia en materias literarias; pero las dotes que le habían valido su elevación, eran su verbosidad y su astucia.

Romero, sin embargo, no carecía de inteligencia, era suspicaz y sabía explotar á los que le rodeaban; sabía sacar partido de las situaciones y arreglar sus asuntos siempre de una manera ventajosa; había recorrido media república y á la sazón venía contratado por los vecinos de Santa María del Río, para dar seis funciones en los días de las fiestas.

Habría pasado media hora cuando empezó á acercarse á Romero y á Pico el resto de la caravana.

Esta consistía en otras seis personas pertenecientes á la compañía, todas ellas cabalgando en burros, y otros ocho burros más, cargados con los equipajes; de manera que eran ocho personas de la compañía, cuatro arrieros y diez y seis cabalgaduras. Venía sobre una burra la dama joven abriendo la marcha; á su lado el galán que era un muchacho de veintidos años; después la característica cuidada inmediatamente por el segundo galán; después la pareja de baile y en seguida los equipajes.

Era aquél un conjunto de los más grotescos; á las señoras casi no se les veía la cara, pues la traían muy cubierta conpañuelos blancos ó bufandas, sobre los que se habían puesto grandes sombreros de palma.

Al reunirse la comitiva con Romero y con Pico, detuvieron la marcha é hicieron un pequeño descanso.

La dama joven se desembarazó de sus

envolturas y pudo notarse que bajo aquel disfraz grotesco, se ocultaba una mujer verdaderamente hermosa. Era una joven sonrosada, de magníficos ojos negros, de lánguidas miradas, boca fresca y lijeramente entrecierrada, sin duda para exhibir una dentadura blanquísima como una sarta de margaritas.

Romero la ayudó á apearse, y Pico devoró, con una mirada de lobo hambriento, unos piés calzados con botines blancos bordados de oro; calzado poco á propósito en aquellas alturas, pero que no era de extrañarse entre personas de teatro destinadas á sufrir incesantes transformaciones, no siempre adecuadas á la situación.

La mirada de Pico fué una oda á los piés de la dama joven; oda de que Romero no debía jamás apercibirse.

La bailarina saltó de su burro con suma destreza, y á poco rato la compañía íntegra descansaba á la mezquina sombra de las palmas, mientras los burreros se ocupaban de arreglar la voluminosa carga soportada por los sufridos y perseverantes asnos.



CAPÍTULO II.

ENTRADA DE LA COMPAÑÍA DRAMÁTICA, AL PUEBLO DE SANTA MARÍA DEL RÍO.

POR fin, á la vista de los viajeros apareció á lo lejos una faja horizontal, como un chal verde salpicado de manchas blancas; un chal tendido al sol, á la falda de unas montañas amarillas y agrietadas: aquello era Santa María del Río. Santa María la frugívora, la perezosa, que nació en 1540 para la corona de España. La dió á luz Fray Diego de la Magdalena, fraile español doctrinero y conquis-